LAS PEÑAS SACRAS Y EL SANTUARIO DE SAN JUAN EL ALTO

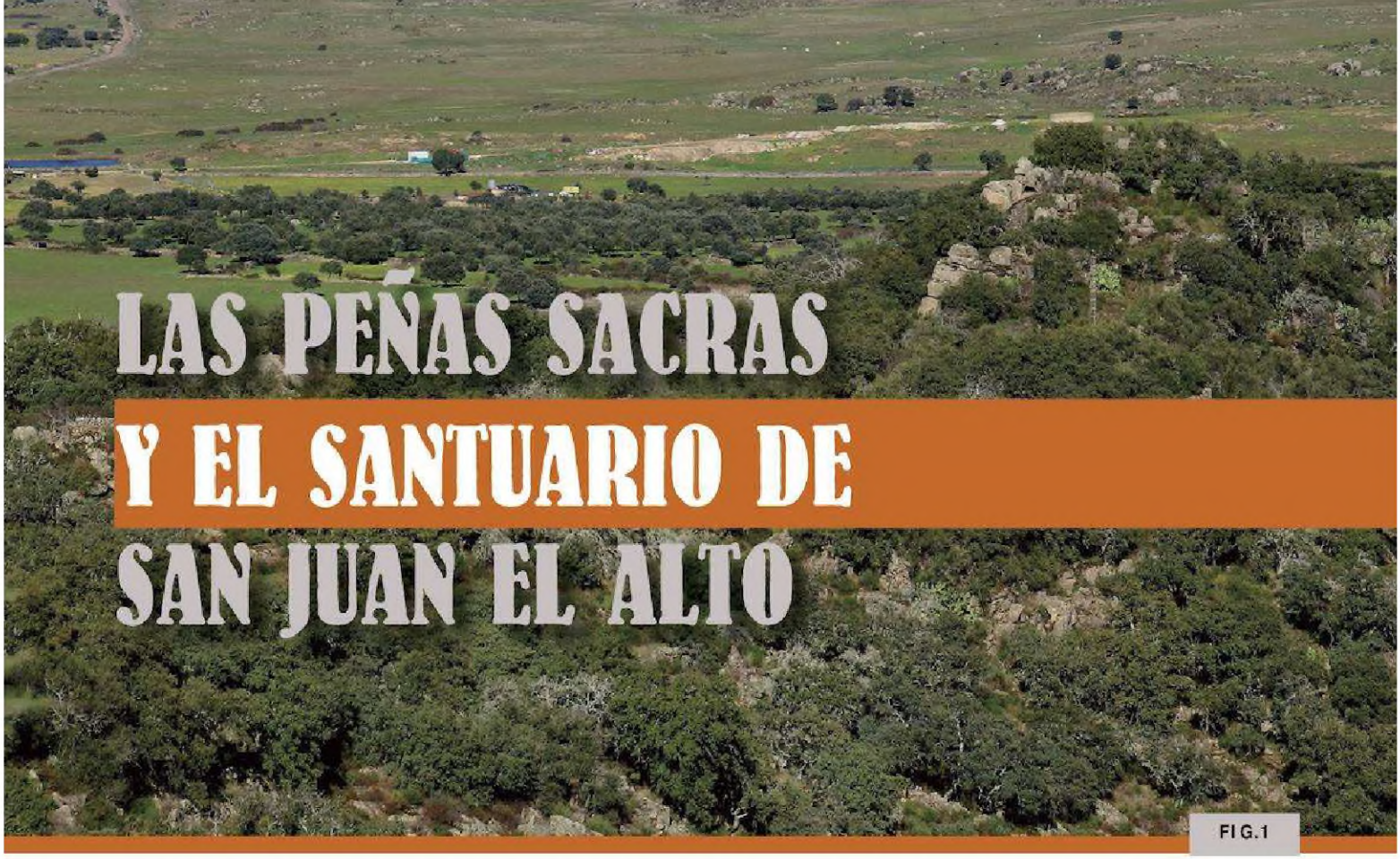


FIG.1

La Sierra de Santa Cruz es un monte isla de 843 m de altura que domina el paso de la vía que de norte a sur pone en contacto las feraces vegas de la cuenca media del Guadiana con la meseta trujillana cacereña. Se trata de una ruta natural muy utilizada desde la más remota antigüedad por los distintos pueblos que por estas tierras transitaron. Prueba de su situación estratégica son los numerosos restos arqueológicos que sus moradores dejaron abandonados a lo largo de la historia: desde las primeras etapas del metal, Bronce Final, Hierro Inicial y Pleno, pasando por la Etapa Romana y llegando hasta el Medievo.

Varios han sido los autores que se han ocupado de contar la historia de este lugar, desde los inicios del siglo XX Mario Roso de Luna que realizó las primeras prospecciones, a finales de los 70 el académico Martín Almagro Gorbea hasta los estudios más recientes de Antonio Mena Ojea en el lugar conocido como "Huerta de Mariprao". Se convertía así nuestra montaña en un enclave fundamental para comprender la expansión hacia el norte de la cultura tartésica y se empezaba a valorar el papel de la región extremeña en el concierto de esta corriente orientalizante que puso en contacto el ámbito fenicio y tartésico andaluz con la cultura indoeuropea de las tierras interiores de la Meseta Occidental. Ya en los 90, Ana María Martín Bravo estudiaba los poblados existentes en el extremo norte de la Sierra. Mucho antes, en los años 20, José Ramón Mélida analizaba los abundantes restos de edificaciones musulmanas de los siglos IX-XIII (necrópolis, hábitat, fortificación, etc.) y recientemente la profesora Gilote dirigía también sus investigaciones a los vestigios de época musulmana. Por su parte, Manuel Rubio realizó hace pocas fechas un interesante estudio sobre otro castro localizado en el cerro San Juan el Alto e hizo referencias a los restos encontrados en 1956 por Mena en la cercana huerta de "Mariprao".

Para llegar al complejo ritual de San Juan el Alto, podemos dirigirnos desde la Plaza de Santa Cruz de la Sierra, en dirección al convento agustino, por una calle mal empredrada, hasta llegar al collado que une San Juan el Alto con la sierra, llegando a una explanada que popularmente se conoce como "los resbaladeros", una enorme roca lisa aplanada, continuando por el campo entre cercas dejando a lo lejos el pueblo con una hermosa vista. Siguiendo por un terreno abrupto, llegamos al complejo ritual integrado en un poblado.

Aquí en San Juan el Alto se localiza un impresionante complejo arqueológico nada fácil de comprender a causa de las superposiciones de culturas que ocuparon el lugar. Data de la última etapa del Bronce y pervive durante el Primer Hierro a juzgar por los materiales encontrados. De aquí proceden los restos de enterramientos localizados por Mena y se pueden ver a simple vista vestigios del recinto amurallado, altares de sacrificios, grabados rupestres al aire libre, cazoletas, cerámica y algunos objetos de metal en superficie. Las antiguas murallas se confunden frecuentemente con los muros que han servido para apuntalar el aterrazamiento que a distintos

AUTORES:

José Antonio Ramos Rubio, Cronista oficial de Trujillo.
Julio Esteban Ortega, Historia Antigua UEX.
Óscar de San Macario Sánchez, Inv. Histórico.

 RECUERDA: *No utilizar el detector de metales dentro de los límites de yacimientos arqueológicos ni de zonas protegidas.*

niveles jalonan la sierra. Se trata de uno de los muchos miradores que en las estribaciones de la montaña se levantan vigilando el camino que transcurría por el llano y que sirvió de refugio a sus moradores.

El poblado se emplaza en una elevación residual que se alza a 453 m de altitud al suroeste de la población (fig. 1). Su parte superior forma una superficie amesetada delimitada por profundos escarpes en buena parte del perímetro. Presenta una estrangulación central que individualiza dos espacios, una mayor al sur, situado a un nivel superior más cercano al cerro de San Gregorio que ocupa una superficie de 4 ha; y otra al norte, más reducida y con menor elevación de algo menos de 1 ha. En la zona más estrecha entre ambas mesetas se yerguen enormes bloques de granito que contribuyen a separar ambos espacios. Un poco más abajo, las laderas en suave pendiente se aprovechan para pastizal y las terrazas se utilizan para el cultivo de cereales. La vegetación es típicamente mediterránea: abundan las chumberas, encinas, robles, olivos, almendros, etc. junto con las plantas típicas como la escoba, la jara, el codeso y la vegetación fisulírica en la fractura de los bolos que salpican toda la montaña. La caza es muy abundante y existen numerosos manantiales de agua pura y cristalina que aun hoy día se utiliza para el consumo diario de los lugareños.

La meseta se rodeó de una muralla de material granítico aprovechando los afloramientos rocosos, que se convierten en los principales baluartes de la defensa. Los intersticios entre los enormes bolos se cierran con grandes bloques del mismo material arrancados de las canteras próximas que conservan todavía los restos de su extracción. Buena parte del paramento se ha derrumbado y forma grandes acumulaciones de piedras soterradas en las laderas al pie del yacimiento que llegan a alcanzar espesores considerables. La muralla exterior se adapta a la orografía del terreno y bordea todo el perímetro de la meseta. La potencia de la fortificación se incrementa en las zonas más desprotegidas situadas al oeste y disminuye donde las defensas naturales son más acusadas. Es precisamente en la zona de poniente donde el recinto está más deteriorado, pues al ser éste el acceso natural al poblado, las sucesivas remodelaciones han desmantelado el paramento original que se ha utilizado para el asentamiento del camino y el aterrazamiento de cultivos.

En el extremo norte del poblado la muralla debió de estar rematada por un gran torreón, a juzgar por la gran acumulación de materiales procedentes del derrumbamiento de la estructura. A partir de aquí, en dirección sur y en el lado del levante el paramento sigue la misma cota formada por la meseta que se precipita en vertientes muy pronunciadas hasta el llano situado al pie de la elevación. Se mantienen en pie todavía amplios tramos de la muralla que en alguna zona llega a tener un alzado de 3,5 m (fig. 2). En cotas inferiores se distingue un segundo recinto de menor potencia sobre el que no estamos en condiciones de asegurar que formara parte de las primitivas defensas del poblado. Hacia el sur la muralla se pierde en el apoyo del cerro de San Gregorio. Hacia oeste el panorama se complica, pues la muralla se confunde con los muros de terrazas y los apoyos de los caminos trazados en etapas sucesivas. Sin embargo, en algunos tramos se conservan los bloques que cerraban el espacio entre los bolos de granito.

La técnica constructiva de la muralla es muy simple y consiste en grandes bloques de granito bastante irregulares puestos en vertical y aparejados en seco que se calzan con piedras de menor tamaño para estabilizar la construcción. En el interior un relleno de cascote y tierra consolida el muro con el plano inclinado de la montaña. En algunos tramos el paramento presenta una forma ataludada que llega a alcanzar varios metros de altura. Destacan cuatro orificios cuadrados practicados en uno de los bolos situados en la parte nororiental, seguramente para la colocación de algún tipo de empalizada para defender el camino que discurre paralelo a la muralla. Los accesos al interior del recinto se sitúan en los flancos sur y norte, observándose claramente un vano de 1 m de luz en este lado sur de la muralla y los derrumbes de otro similar en el lado opuesto.

Las características del complejo defensivo y sus sistemas constructivos son muy similares a las que se pueden observar en otros poblados datados en esta época, como los de El Risco (Sierra de Fuente), Los Castillones de Araya (Garrovillas), La Cabeza del Buey (Santiago de Alcántara), Virgen de la Cabeza (Valencia de Alcántara) o el de La

FIG.2

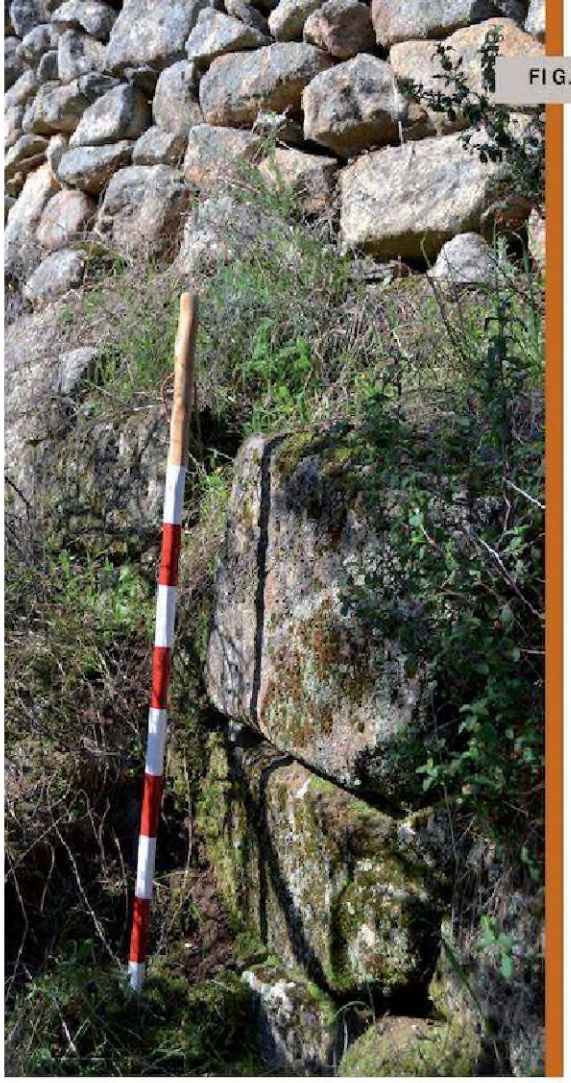


FIG.3

Muralla (Valdehúncar). El yacimiento de San Juan el Alto forma parte de un poblamiento caracterizado por ocupar lugares estratégicos en los rebordes montañosos de la penillanura cacereña. Son poblados situados en altura que están en la cercanía de las rutas naturales, ya sean fluviales o terrestres, que atraviesan la región. Desde la seguridad de sus atalayas los lugareños podían ver y ser vistos y controlaban el trasiego de personas, mercancías y ganados que por estos caminos transitaban.

La mayor parte de estos poblados han sido arrasados con el paso del tiempo y casi ninguno conserva vestigios identificables del hábitat originario. Tampoco en San Juan el Alto se aprecian restos de cabañas, pero hemos de suponer que las viviendas se distribuirían de forma dispersa y sin ningún tipo de organización a lo largo y ancho de las plataformas que delimitan los grandes bolos de granito. Frecuentemente se recurre a cerrar los espacios entre los bolos próximos con muros de piedras para formar la vivienda y algunos de ellos presentan grandes oquedades que han podido ser utilizados como abrigos. Este mismo sistema de hábitat se puede observar en el poblado de Cabezo de Araya, donde los grandes bloques de granito han sido horadados por la erosión formando amplios abrigos que sirvieron de vivienda a los lugareños. En uno de estos abrigos apareció el famoso depósito que contenía un conjunto de piezas metálicas de la última etapa de la Edad del Bronce.

Todo parece apuntar que San Juan el Alto estuvo habitado, al menos desde finales del II milenio y durante buena parte del I a. C. En varios tramos de la muralla que da al saliente se aprecian claramente dos momentos constructivos: uno más antiguo caracterizado por un paramento de grandes bloques de granito bastante regulares, formando las primeras hiladas; y un segundo nivel, más moderno, a base de muros construidos con piedras de menor tamaño y forma irregular que, en ocasiones, aparece algo desplazado de la línea de muralla que lo cimienta (fig. 3). La fase más antigua del poblado, según se desprende del sistema constructivo de sus murallas, parece corresponder a la última etapa de Bronce o comienzos del Hierro, aunque se podría retrotraer incluso a la fase calcolítica. La más moderna, por su parte, habría que llevarla a la segunda mitad del I milenio, en plena Edad del Hierro. Esta misma secuencia cronológica comprenden las cerámicas procedentes de este mismo yacimiento que a continuación pasamos a comentar brevemente.

En ladera oeste del poblado se aprecian en superficie abundantes restos cerámicos muy rodados, pero que nos sirven para establecer la cronología del hábitat allí emplazado. Hay abundantes fragmentos de vasos de gran tamaño de difícil adscripción cronológica. Son recipientes dedicados al almacenaje tanto de sólidos como de líquidos muy utilizados en este tipo de poblados de la Edad de Bronce y que perviven a lo largo del primer milenio. En su mayor parte no llevan decoración, aunque algunas superficies presentan un tratamiento de escobillados y no faltan los estampillados. Estas últimas son muy comunes en los yacimientos extremeños de la II Edad del Hierro y aparecen mezcladas con otras cerámicas probablemente de etapas anteriores.

Entre la cerámica fina se detectan algunos fragmentos de cuencos y cazuelas elaborados a mano con decoración bruñida que son características del Bronce Atlántico. Especialmente interesante nos parece un pequeño fragmento a mano de cocción oxidante y con una decoración incisa en forma de espiga que podría encuadrarse cronológicamente en la I Edad del Hierro. También apareció cerámica ibérica a torno con decoración pintada a base de bandas y filetes en color rojizo, típica de la II Edad del Hierro, similares a las halladas en el castro de La Coraja de Aldeacentenera y en buena parte de los castros extremeños de esta época. Junto a estas cerámicas se recogieron algunos fragmentos de *sigillata* y cerámica árabe.

Las cerámicas de San Juan el Alto abarcan, por tanto, un amplio periodo cronológico y que va desde finales del segundo milenio a. C. en pleno Bronce Final y I Edad del Hierro, pasando por el Hierro II y época romana, hasta la etapa de dominación árabe. Prueba inequívoca del valor estratégico de esta elevación que controla la ruta que discurría a su pie y que comunicaba las tierras del Tajo Medio con la cuenca del Guadiana en su paso al este de la Sierra de Montánchez.

Gran trascendencia tiene el hecho de que sea precisamente en este

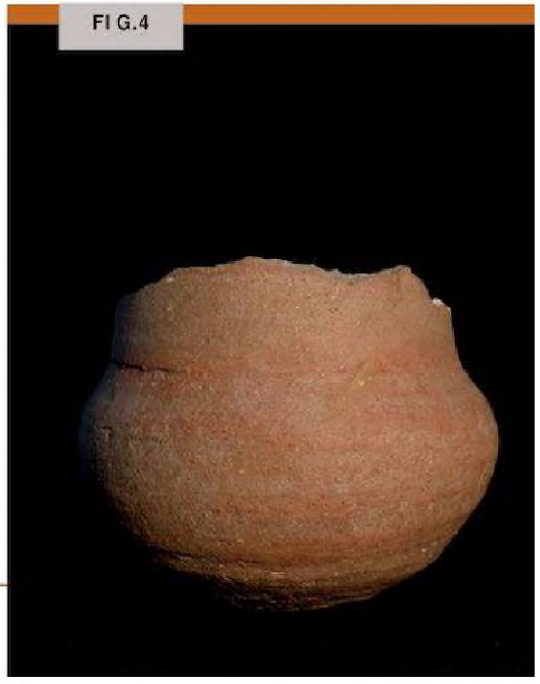


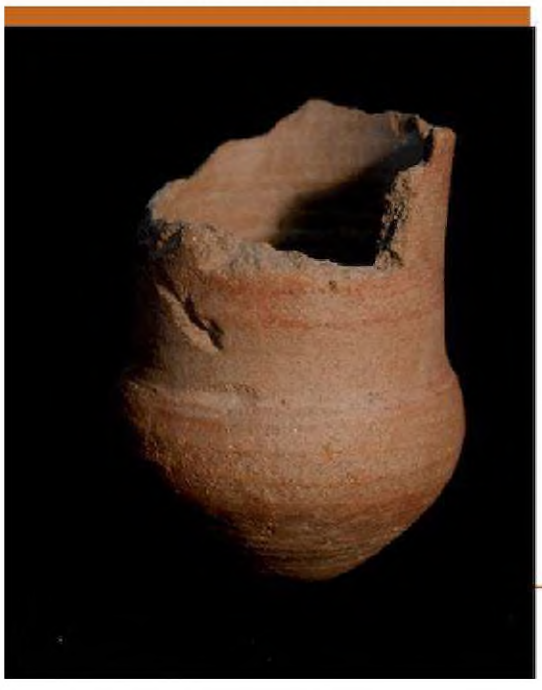
FIG.4

FIG.5

poblado donde a mediados del siglo pasado se descubriera un conjunto de materiales procedente de un enterramiento de incineración que podría fecharse a finales del siglo VIII o comienzos del VII a. C. El hallazgo fue realizado por un agricultor de la localidad, Timoteo Rodríguez Ávila, mientras araba la tierra del olivar. En un momento de su labor debió de enganchar con la reja uno de los recipientes y se decidió a excavar más detenidamente con la azada lo que allí había. Sin muchos miramientos destrozó el mayor de los tres recipientes cerámicos encontrados, que ya estaba roto y en posición inclinada. El plato que la cubría estaba desplazado y la tierra había penetrado en la urna mezclándose con los restos óseos del interior. Junto a ella se disponían dos recipientes de cerámica de menor tamaño, que también resultaron dañados, y una figurilla de arcilla en forma de pájaro. Estos dos últimos vasos fueron depositados en el Museo de Cáceres (fig. 4), pero de la urna, el plato que la cubría y la figura de arcilla nada se sabe, aunque existen fotografías de esta última y de la urna reconstruida por el propio Mena, quien dio a conocer el conjunto.

La urna de mayor tamaño está elaborada a torno con paredes más finas que los dos vasos restantes. El segundo de los recipientes tiene panza ovoide que a partir de un acentuado bisel remata en un gran cuello con forma acampanada.

Presenta una decoración a base de cuatro bandas paralelas de engobe rojo, la superior más ancha que las restantes. Un tercer vaso, también fabricado a torno como los anteriores, tiene forma globular con cuello menos acentuado y va decorado con tres bandas del mismo engobe rojizo.



Estas cerámicas tienen un origen feno-púnico y deben de proceder de algún taller del Bajo Guadalquivir llegadas a la zona, no como un mero intercambio, sino más bien formando parte del ajuar de una joven entregada en matrimonio a uno de los jefecillos del lugar para introducir relaciones de amistad y garantizar los intercambios económicos entre la región, rica en metales, y el poblado de origen de la dama.

Acerca de la religiosidad de estas primeras etapas de la historia lo desconocemos prácticamente todo y, por supuesto, no vamos a entrar aquí en detalles sobre este complejo mundo. Pretendemos solamente dar a conocer la existencia en este poblado de hasta cinco lugares relacionados con rituales de sacrificios y ofrendas.

PEÑA SACRA o ALTAR DE SACRIFICIOS 1 (fig. 5). El primer complejo ritual se sitúa en la entrada norte del poblado. Se trata de un espacio de forma rectangular o ara excavado en la roca de unos 4 x 2 m que se conserva sólo parcialmente. Está muy deteriorado y por el frente sur apenas se distinguen sus límites.

No así por el norte donde todavía se puede observar con toda nitidez su forma originaria. Al ara central se accede por dos escalinatas irregulares talladas en la roca, una en la esquina noreste, más amplia, con dos peldaños rectangulares de 70 x 50 cm, y otra al sureste de tamaño más reducido con dos peldaños circulares de 60 x 10 cm.

En el frente norte se tallaron tres cubetas rectangulares a distintas alturas y en sentido descendente que parecen comunicarse entre sí, seguramente a través de canalillos que vertían los líquidos unas en otras hasta el pie del altar. Las dos cubetas inferiores están muy erosionadas y solamente se ha conservado en buen estado la superior.

PEÑA SACRA o ALTAR DE SACRIFICIOS 2 (fig. 6). A unos siete metros del altar citado encontramos un pequeño bolo de granito con forma ovalada, más ancho en la parte superior y estrecho en el pie.

Mide 3,30 m de largo por 2,10 de ancho y 1,50 de altura. Presenta una cubeta redondeada arriba en el centro relativamente profunda (90 x 60 cm), debido seguramente a la disolución del granito por efecto del agua acumulada a lo largo del tiempo. En el lateral derecho otra cubeta (50 x 40 cm), cuya forma está más desdibujada, parece comunicarse con la principal; y en el

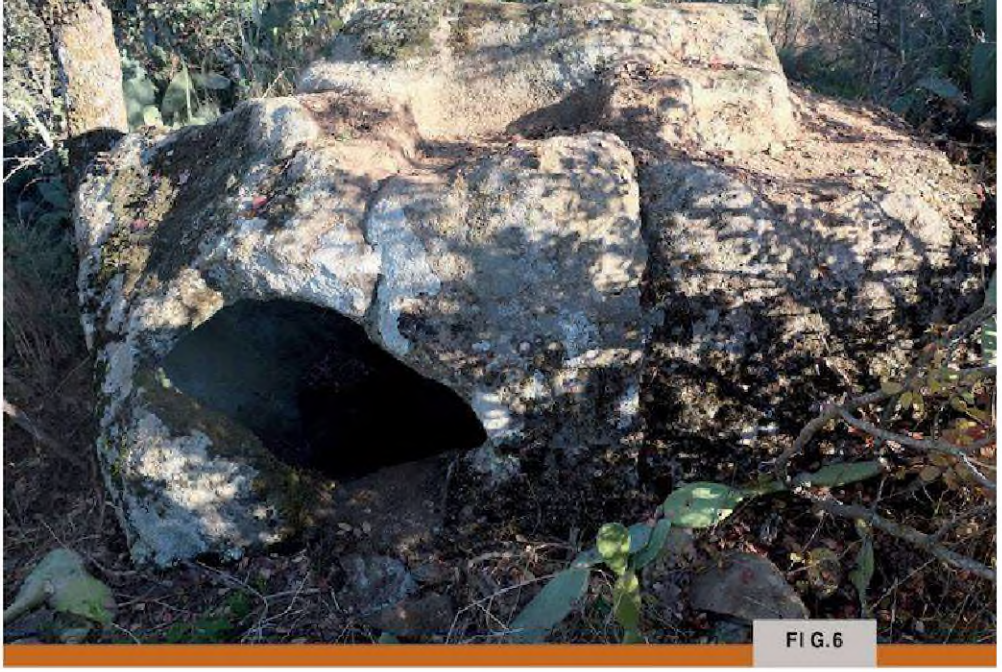


FIG.6

extremo que da al sur se aprecia una tercera cubeta de forma rectangular de 60 x 37 cm y unos pocos centímetros de profundidad. En la base del altar hay una cavidad producida por la erosión del granito, con una angosta entrada, cuyo interior ha sufrido un importante metamorfismo formando oquedades de 10 cm de diámetro.

Entre ambos conjuntos rituales se aprecian restos evidentes de una cantera de donde se extrajo el material para la construcción del recinto. Son varias las canteras localizadas en el perímetro del espigón de San Juan el Alto. En algunas de ellas aún se conservan las huellas de las cuñas y los bloques cortados en distinto grado de elaboración. Se buscaron grandes planchas de granito y se cortaron siguiendo las vetas y las fracturas naturales, mediante un proceso que se iniciaba marcando con cortafríos y mazos pequeñas ranuras a intervalos regulares; después se introducían cuñas para romper por la línea marcada y así obtener bloques más o menos regulares. Dichos bloques se moverían con palancas para su partición en otros más pequeños.

PEÑA SACRA o ALTAR DE SACRIFICIOS 3 (fig. 7). A medio camino entre las dos mesetas predomina la formación de "grandes bolos" redondeados que la erosión se ha encargado de limar sus aristas.

Allí, al pie de uno de estos gigantes pétreos, se encuentra otra de estas "peñas sacras" en una gran roca de pendientes más suaves con forma aplanada en su parte superior, donde se talló una cavidad en forma rectangular. El ara está muy erosionada y sólo conserva parte de uno de sus ángulos. Se accede a ella por el norte a través de cinco escalones rectangulares tallados en la roca de 70 cm de largo por 30 de ancho. Por el oeste se aprecian dos entalladuras circulares de 30 x 20 cm que ascienden hacia el ara.

PEÑA SACRA o ALTAR DE SACRIFICIOS 4 (fig. 8). En el extremo sur de la meseta, en su cima más elevada, situada a 511 metros de altitud, nos encontramos con otro altar de sacrificios localizado en una roca de forma irregular y suaves pendientes. En la parte superior se halla el ara en forma ovalada de 80 x 67 cm, a donde se accedía por tres peldaños tallados en la roca de 21 x 18 cm. Junto a la cubeta superior se aprecian un total de once cazoletas distribuidas de forma irregular y de distinto tamaño. Podemos especular sobre una posible formación natural transformada para un uso concreto o con la posibilidad de estar ante una especie de calendario agrícola de fases lunares, o un lugar sagrado relacionado con el culto a ciertos elementos naturales.

No es frecuente la aparición de varios de estos altares de sacrificios en un espacio tan reducido. La proliferación de espacios sacros en San Juan el Alto tiene que venir motivada necesariamente por razones relacionadas con la pervivencia del hábitat a lo largo de las sucesivas etapas protohistóricas.

Siguiendo al profesor Almagro-Gorbea, el culto a las peñas se documenta ya desde el Campaniforme en Peñatú y en Fraga da Pena, en el Bronce Final en Axtroki y en la Edad del Hierro en Ulaca y Peñalba de Villastar, siempre asociado al culto solar. Estas manifestaciones religiosas las relaciona Almagro con un sustrato muy arcaico "protocéltico" que coinciden con otros rituales como los depósitos de armas en cuevas y peñas que aparecen ya desde los primeros momentos del Bronce Atlántico y continúan hasta el Bronce Final con la costumbre de arrojar armas a las aguas.

El ritual del sacrificio debió de ser muy similar en los pueblos de la Hispania Céltica. El sacrificio se efectuaba en la parte superior del santuario y las piletas estaban destinadas a contener la sangre de las víctimas y a la cremación de las entrañas de las mismas. La coincidencia de la orientación del altar con la cumbre alta podría no ser casual y estar intencionadamente buscada en asociación con algún fenómeno celeste.

No conocemos las divinidades a las que estaban dedicadas todas estas ceremonias y rituales en el caso del San Juan el Alto, pero sabemos de la existencia en la zona de una deidad indígena que debió de asimilarse a

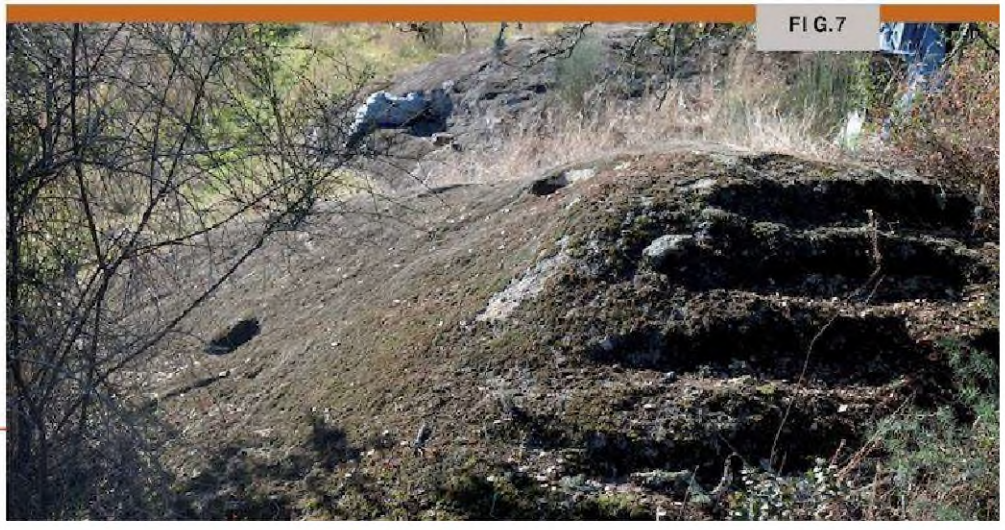


FIG.7

FIG.8

Lux Divina –diosa romana de naturaleza astral– y que fue venerada por los lugareños.

Dada la escasa distancia entre los dos primeros altares, es muy posible que ambos formaran parte de un mismo espacio ritual que habría encuadrar cronológicamente en la II Edad del Hierro. No sería descabellado pensar que el primero de ellos estuviera dedicado a rituales en los que se inmolaban víctimas de gran tamaño, como toros, caballos e incluso no habría que descartar los sacrificios humanos, de los que tenemos sobradas evidencias en las fuentes antiguas (Estrabón (*Iberia*, III, 3, 6 y 7); Posidonio (*Str.* IV, 5), Livio (*Per.* 49) Plutarco (*Quaest. Rom.* 83). Plutarco habla de la costumbre de lusitanos y vetones de sacrificar caballos, ovejas, cabras y, también a veces, a los enemigos cautivados para escudriñar las entrañas de las víctimas). Efectivamente, la gran estancia rectangular tiene por el este una doble escalera por la que debieron de acceder los sacerdotes encargados de realizar el ritual, pero por el sur existe una suave pendiente que permitiría el acceso de animales de gran tamaño.

El segundo estaría destinado al sacrificio de animales más pequeños: aves, conejos, etc.

Pero las posibilidades de interpretación de este primer conjunto van más allá de las propuestas hasta ahora señaladas. La gran cubeta muy bien pudiera haber sido destinada a baños rituales relacionados con ceremonias de iniciación de guerreros tan comunes entre los pueblos prerromanos de la Península Ibérica en general, y entre lusitanos y vetones en particular.

Tampoco habría que descartar su uso como lugar de cremación de los cadáveres (*ustrinum*) de la gente del poblado. De este modo, tras los rituales que acompañaban a la incineración de los cuerpos, se depositaban las cenizas del difunto en su correspondiente urna y posteriormente se llevaban a la necrópolis, donde se depositaban en un hoyo practicado en el suelo junto con el ajuar y algunos cuencos y platos de ofrendas.

La disposición de ambos altares es la misma: un espacio para el sacrificio y una serie de cubetas de menor tamaño para quemar las entrañas de las víctimas sobre las que se realizaban rituales de adivinación y otras ceremonias que se nos escapan.

Para la gran cubeta del primer altar no hemos encontrado paralelos en la región ni tampoco parece haber similitudes con otros santuarios peninsulares, si exceptuamos el posible *ustrinum* hallado en el castro vetón de La Pinosa de Mijares (Ávila). Estaríamos en presencia, pues, de confirmarse nuestra hipótesis, de la aparición de uno de los primeros *ustrina* de un castro prerromano hallado en la Península donde se realizaban las ceremonias de cremación de los cadáveres y los rituales practicados en torno a la muerte.

Más común es el tipo de altar realizado sobre un pequeño bolo de granito tallado al efecto, con cubetas y canalillos. Los más cercanos los encontramos en las proximidades de la Cueva de Boquique, en Valcorchero (Plasencia), donde en una de estas peñas, ya muy deteriorada, se aprecian restos de una gran cubeta tallada que ocupa casi toda la parte superior de la misma; o en el santuario de Aceituna, en el norte de Cáceres, otro altar rupestre, que cuenta con una profusión decorativa a base de cazoletas, grabados de antropomorfos, círculos concéntricos, líneas rectas y curvas, etc.

Los altares 3 y 4 presentan una misma tipología y cronológicamente habría que retrotraerlos a la Edad del Bronce. Sus paralelos más cercanos los encontramos en los santuarios de Las Calderonas (Trujillo) o en el del Huerto del Cura (Aceitunilla). Por su parte, la asociación de altares rupestres con cazoletas se documenta en el santuario de Peraleda de San Román, al nordeste de la provincia de Cáceres.

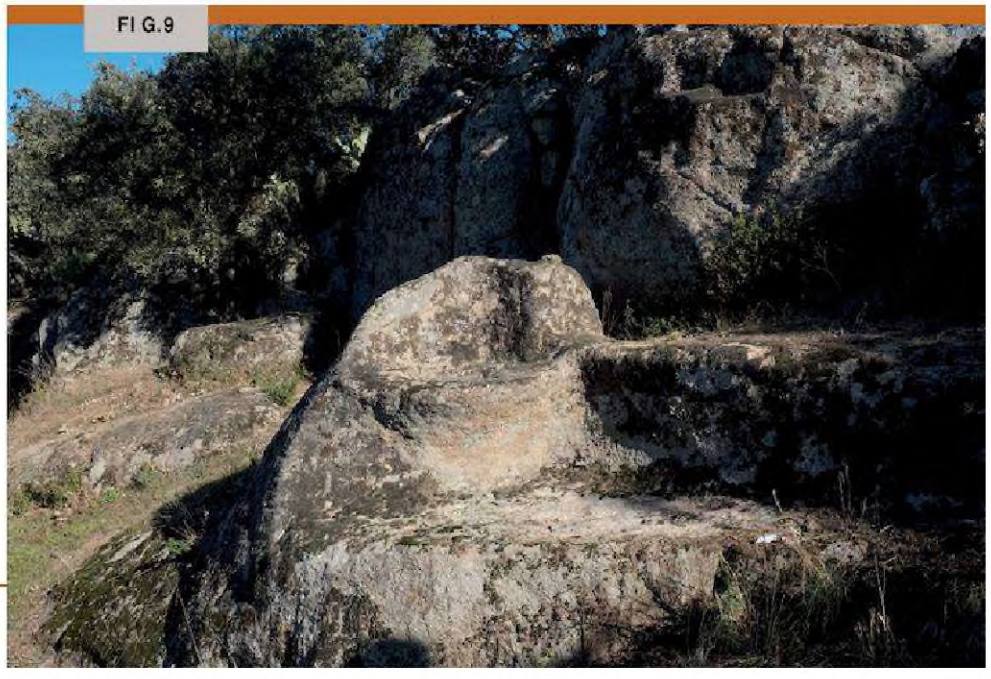


FIG.9

FIG.10

En ambos tipos las escaleras representan un papel simbólico más que real y junto con los otros componentes marcarían el espacio sacro donde se realizaba el ritual. Los peldaños vendrían a significar el camino ascendente, el acercamiento al mundo celeste.

Al pie de la muralla de poniente, pero fuera ya del recinto del poblado, en un amplio espacio que mira a la población de Santa Cruz de la Sierra nos encontramos con otro complejo ritual que presenta unas características muy particulares. Aquí los grandes bolos se integran como elemento de las defensas y en algunos de ellos se aprecian entalladuras o escalones frente a los cuales se abre la explanada a modo de plazoleta donde se congregaban los lugareños. ¿Se trata quizás de asientos tallados en la roca desde donde se presenciaban los rituales allí practicados? En la parte superior de este espacio, una de las surgencias graníticas sirvió para fabricar una pequeña plataforma sobre la que va una pileta circular perfectamente tallada, sin que se pueda apreciar "resbalón" o acanaladura que denuncie algún tipo de vertido (fig. 9). Probablemente estemos ante un altar de ofrendas con una tipología que se sale de las más comunes formas documentadas en la Península Ibérica.

El lugar está plagado de elementos que evidencian la existencia allí de un espacio dedicado a ceremonias y ritos conectados con la espiritualidad de los habitantes del poblado. En uno de estos peñascos que forman parte de la muralla se aprecian dos grabados, un soliforme con seis puntos o coviñas (fig. 10) rodeando uno central y, a escasos metros, siete haces de líneas o barras verticales (fig. 11), formando todo ello un conjunto decorativo, cuya simbología se nos escapa. En cualquier caso, estas asociaciones de motivos grabados en la roca parecen representar algún tipo de código de comunicación estrechamente relacionado con las creencias religiosas de los lugareños en las que las fuerzas de la naturaleza y los astros intervenían de forma muy directa.

Para algunos, este tipo de símbolos pétreos configuran una escritura ógmica; símbolos que están documentados en otros muchos lugares de la Península Ibérica, siendo especialmente abundantes en el Bajo Aragón. En las proximidades de este asentamiento y con características similares los encontramos en las localidades vecinas de Puerto de Santa Cruz, Abertura, Villamesías y en la misma Sierra de Santa Cruz. Sobre las cazoletas y los grabados sobre piedra hay una abundante literatura sobre la que no vamos a entrar aquí, pero nos introducen en un mundo simbólico complejo, producto de una sociedad a su vez también compleja. Han sido interpretadas como representaciones astronómicas o siderales, e incluso algunas se han vinculado al control del tiempo y el calendario.

El conocimiento tan superficial que tenemos de la sociedad del Bronce dificulta enormemente establecer los esquemas mentales que llevaron a realizar este tipo de representaciones sobre piedra, pero parece claro que este tipo de manifestaciones no pueden interpretarse como una simple manifestación estética, sino que en ellas subyace toda una simbología, reflejo de la existencia de un mundo espiritual complejo.
Llegado el momento de concluir estas pocas líneas nos percatamos de la verdadera importancia del complejo arqueológico de San Juan el Alto. Un lugar habitado desde tiempos muy remotos y cuya dilatada pervivencia fue testigo del paso de las sucesivas civilizaciones que allí se asentaron. Quizás estuviera habitado ya en el Calcolítico, cuando se produce la verdadera explosión demográfica que pobló extensas áreas de la actual Extremadura. Desconocemos si el hábitat se mantuvo en las primeras etapas del Bronce, puesto que no hay testimonios de ello, pero es seguro que durante el Bronce Final y el Primer Hierro la meseta fue nuevamente elegida para establecer un poblado desde donde controlar el trasiego de personas y mercancías que a sus pies discurría. A mediados del I milenio a. C. el panorama cambió radicalmente para los poblados de la región. Las relaciones comerciales entre el norte y el sur se perdieron y los poblados vivieron una etapa de autarquía. Sin embargo, San Juan el Alto siguió estando habitado, ahora por un grupo de vetones que levantó sus murallas sobre los bastiones de la Edad del Bronce. Durante la etapa romana el poblado fue abandonado y sus moradores bajaron de las alturas, asentándose en pequeñas aldeas y *villae* al amparo de la calzada trazada sobre los viejos caminos. La abundante epigrafía romana de la zona así parece confirmarlo.

FIG.11